

Homenaje a un hombre de paz

EL 4 de diciembre de 1895 nació en Bardi, provincia de Parma, el cardenal Antonio Samoré, uno de los protagonistas en la mediación del papa Juan Pablo II en la controversia por la zona austral, el canal de Beagle. Quiero en este momento unirme a la conmemoración de los cien años del nacimiento del cardenal Samoré y expresar mi reconocimiento como argentino y como latinoamericano a uno de los hombres que intercedieron para impedir lo que hubiera sido un absurdo y dramático conflicto entre países hermanos.

Cabe recordar que la misión del cardenal Samoré comenzó el 23 de diciembre de 1978, cuando Juan Pablo II lo designó su representante especial en un momento de particular tensión, con movilización y despliegue de Fuerzas Armadas, entre los gobiernos militares de la Argentina y Chile.

La designación no podía haber caído en mejores manos, dado que el cardenal Samoré era un profundo conocedor de la realidad de América latina, donde había cumplido diversas funciones. Entre otras, fue nuncio apostólico en Colombia, miembro de la comisión que preparó la Primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Río de Janeiro en 1955; presidente de la Pontificia Comisión para América Latina y uno de los inspiradores y creadores del Celam. En 1968, ya como cardenal, participó, como uno de sus tres

A cien años del nacimiento del cardenal Samoré, es bueno recordar a ese amigo de argentinos y chilenos

presidentes, en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se realizó en Medellín.

Como consecuencia de su misión de buenos oficios, que duró 17 días en un ir y venir entre ambos países, el 8 de enero de 1979, en Montevideo, los gobiernos militares se comprometieron ante el enviado de la Santa Sede a no recurrir a la fuerza en sus relaciones mutuas y aceptaron solicitar a la Santa Sede que los asistiera en la búsqueda de una solución del diferendo en la zona austral.

No es mi intención mencionar las múltiples etapas que se sucedieron en el proceso negociador, pero no puedo dejar de mencionar que Juan Pablo II confió la responsabilidad de la gestión de mediación al cardenal Antonio Samoré y que dicha mediación se inauguró formalmente el 4 de mayo de 1980, con una misa en la Casina Pio IV, sede de la Pontificia Academia de Ciencias, en Ciudad del Vaticano.

El desafío asumido por la Santa Sede era mayor: debía moderar la naturaleza violenta e intransigente de las dictaduras militares que gobernaban brutalmente ambos países y, al mismo tiempo, preservar la figura de Juan Pablo II, que había tomado el enorme riesgo de aceptar la tarea de mediación.

El cardenal Samoré se entregó sin reservas a la tarea encomendada, pero, lamentablemente, no llegó a ver en vida el fruto de sus esfuerzos, dado que falleció el 3 de febrero de 1983.

Fue necesario que al menos uno de los dos países en cuestión avanzara en el proceso de democratización para que se encontrara una solución definitiva al diferendo. Le tocó a mi gobierno vencer las resistencias existentes en nuestro propio país y en Chile para lograr llevar a buen término el proceso de mediación y completar la obra del cardenal Samoré.

Cabe recordar que eliminar las hipótesis de conflicto con los países vecinos, reducir el presupuesto militar e impulsar la integración regional eran algunos de los compromisos que había asumido en la campaña electoral que me permitió llegar al gobierno el 30 de octubre de 1983, cuando por primera vez la Unión Cívica Radical logró vencer al justicialismo en una contienda presidencial sin proscripciones, con el 52 por ciento de los votos.

En este contexto, me permito recordar el abismo de desconfianza que nos separaba de Chile a principios de la década del 80. Personalmente, estaba intimamente con-

vencido de que las diferencias existentes con Chile no nos podían hacer perder de vista que ambos países estaban indisolublemente unidos por una cultura, geografía y destino comunes.

Haber alcanzado los objetivos de aquel momento nos permite hoy verificar lo mucho que se ha avanzado en el sueño de consolidar un espacio de paz, democracia, solidaridad y justicia en nuestra región sudamericana.

Por eso, no bien comenzó el gobierno radical, el 10 de diciembre de 1983, di precisas instrucciones para que se avanzara en la búsqueda de una solución para el diferendo austral. La tarea de dar los primeros pasos fundacionales para cambiar la naturaleza de la relación bilateral no fue fácil. Debí mostrarme firme ante el gobierno del general Pinochet, quien intentó sacar provecho de nuestra vulnerabilidad militar, política y económica, como consecuencia de la guerra de las Malvinas y de la enorme deuda externa acumulada

durante los años de dictadura militar.

Sin embargo, Pinochet rápidamente comprendió que “democracia” no es sinónimo de debilidad, sino de fortaleza, porque cuenta con el respaldo y la participación ciudadana.

También debí enfrentar a todos aquellos que dentro del país buscaban explotar sentimientos nobles y patrióticos para generar tensiones desestabilizadoras. Fueron muchas las voces que se alzaron con la esperanza de explotar la cuestión del Beagle para fomentar el descontento de sectores militares. Utilicé un recurso al cual nadie nunca antes había recurrido en nuestro país y que no estaba previsto en la Constitución que nos regía en aquel entonces. El más poderoso recurso con el que se cuenta en una democracia: la consulta a la ciudadanía, que legitima la acción del gobernante. Nuestro gobierno recibió el generoso apoyo del pueblo argentino en la consulta popular; en la que, a pesar del llamado del justicialismo a la abstención y de sectores reaccionarios que instaban a votar en contra del Tratado de Paz y Amistad, que daba una solución al conflicto, la ciudadanía participó masiva-

mente y más de cuatro quintas partes de los votantes se expresaron a favor de la aceptación del tratado.

Quiero destacar algunos momentos claves: en enero de 1984 se firmó la Declaración de Paz y Amistad en el Vaticano, que dio nueva vida a la denominada fase de negociación activa, iniciada en abril de 1982. Las negociaciones generaron rápidamente resultados positivos, y el 4 de octubre de 1984 la Oficina para la Mediación comunicó oficialmente que las delegaciones de Chile y la Argentina, sobre la base de la propuesta papal, habían alcanzado pleno acuerdo para la solución de la controversia en la zona austral. Finalmente el 29 de noviembre de 1984 se firmó el Tratado de Paz y Amistad, que establece la definitiva delimitación marítima de la zona austral y que también sienta las bases para la cooperación y la integración entre ambos países.

En aquel difícil contexto se encontró una solución justa y definitiva, que preservaba nuestros intereses esenciales en el conflicto del Beagle, controversia que constituía una amenaza para la paz en la región.

De esta manera se eliminó una de las principales hipótesis de conflicto que mantenían nuestra política exterior y que impedían abrir un camino de paz e integración con la república hermana de Chile. Un año después, el 30 de noviembre de 1985, completamos la tarea, al instalar

Pese a la abstención del PJ, la consulta de 1984 fue un respaldo abrumador a la causa de la paz

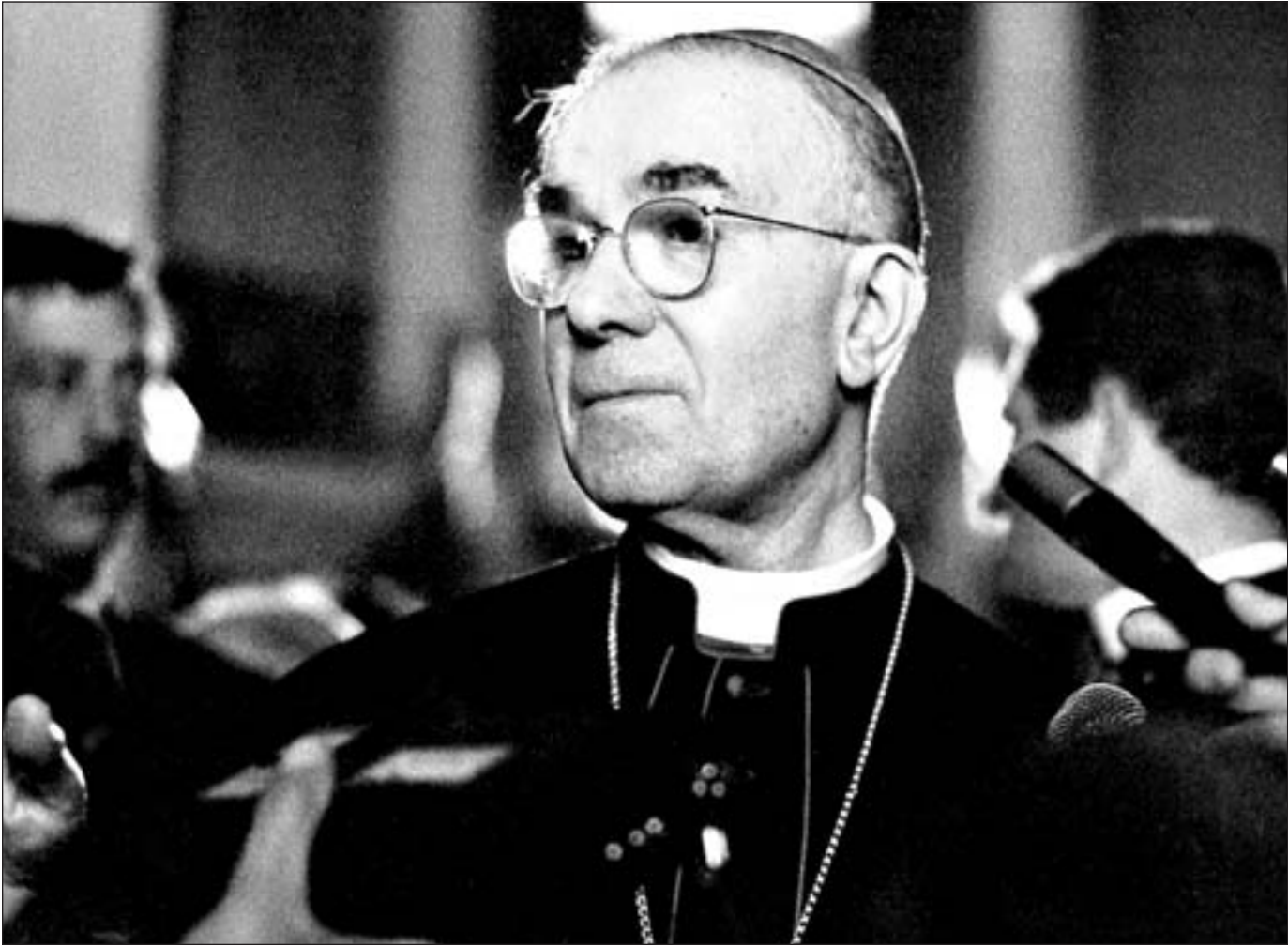
sobre nuevas bases la relación bilateral con Brasil, luego de la Declaración de Iguazú.

Debemos mirar con orgullo y esperanza lo mucho que han progresado las relaciones entre la Argentina y Chile a lo largo de los últimos 21 años, alcanzando niveles insospechados de confianza mutua y cooperación. Desde aquellos difíciles primeros años, el camino transcurrido ha sido muy grande y la relación con Santiago constituye ahora uno de los pilares centrales e indispensables de la política exterior de nuestro país. Además, Chile participa como país asociado al Mercosur y en forma plena en la Comunidad Sudamericana, proyectos de integración que buscan unirnos en un destino común. La inmensa cordillera se ha transformado en un nudo de unión, desde donde podemos mirar ilusionados al horizonte, que nos anuncia un futuro mejor.

En estos momentos, es bueno recordar al cardenal Antonio Samoré, quien apostó decididamente por la paz y la comunión entre los pueblos en uno de los momentos más dramáticos de nuestra historia.

© LA NACION

El autor fue presidente de la República Argentina.



Samoré en la Argentina, en 1979: su intervención alejó el peligro de una confrontación que ya se creía inevitable

Gabriela Mistral, a 60 años del Nobel

HAN transcurrido seis décadas desde aquel frío pero luminoso día de diciembre de 1945 en Estocolmo, cuando por primera vez un escritor de América latina –la poeta chilena Gabriela Mistral– recibió de la Academia Sueca el Premio Nobel de Literatura.

El tiempo y el trabajo riguroso de los críticos han servido para confirmar la justicia de esa selección y el mérito de su obra. Ya lo había señalado, con prontitud, la argentina Victoria Ocampo en un artículo publicado en la revista Sur: “Los premios suelen tener poco olfato y se equivocan de destinatarios. Esta vez la elección ha sido feliz. Y aunque podamos, con justo derecho, sentirnos no menos orgullosos de algunos otros escritores americanos de lengua española cuyos valores son conocidos en el mundo entero, no veo ninguno más digno de merecer tal distinción”.

Pero así como ha sido grande

el tributo a su quehacer literario parece opaco el reconocimiento a sus valiosas contribuciones al desarrollo cultural y al progreso de América latina. Al menos hay dos aportes que, por proféticos y justos, se hace indispensable revelar: la búsqueda de la amistad y la integración entre los pueblos latinoamericanos y su prolongada lucha por los derechos de la mujer.

Gabriela Mistral tuvo una fuerte identidad con Chile y sus valores, pero asoció estas convicciones a dos sentimientos complementarios que hoy cobran especial sentido: el amor por su “patria chica”, el Valle de Elqui, donde inició sus tareas como maestra y donde quiso que estuviera su tumba, y la “patria grande”, una América latina entendida como continuidad y complemento de su identidad nacional.

Cuando fue una escritora consagrada, aceptó la invitación de los gobiernos de la revolución mexicana para integrarse a sus

proyectos educativos y culturales.

En 1922, comienza a trabajar con José Vasconcelos, ministro de Educación y notable ensayista. Poco después dirige el primer proyecto de educación bilingüe con pueblos originarios en Zacapoaxtla, en la sierra del estado de Puebla. A partir de entonces, su pasión latinoamericana y la urgencia por afianzar al bloque de nuestros países como “una región” no declinaría nunca.

En 1928 planteará su apoyo a la lucha de César Augusto Sandino en Nicaragua, sosteniendo que la política intervencionista de Washington y la “caceraía de Sandino” violaban el derecho internacional. Poco después levantará su pluma para defender los derechos de los pueblos indígenas de América Central, reflejando

una particular ternura por esos países, lo que la lleva a nombrar al más pequeño, El Salvador, como “el pulgarcito de América latina”. Sus escritos exaltan la figura de José Martí, en Cuba. Luego, sus largos años de permanencia en Brasil la acercan a las raíces y mitos exuberantes del mayor país sudamericano, al que prodirá también su cariño. Y cuando, en 1937, tiene ocasión de visitar la Argentina, reacciona primero algo desconcertada ante la fuerza de lo europeo que halla en Buenos Aires, pero luego se reconcilia con el mestizaje de ideas y valores que advierte y guarda a varios amigos argentinos en el círculo estrecho de sus afectos.

Gabriela Mistral creyó firmemente en el destino compartido de las naciones latinoamericanas, en el valor ampliado que resulta

de la suma de las creaciones nacionales y que un lugar más alto les estaba reservado en el sistema internacional si eran capaces de integrarse en un destino común, que ella no alcanzó a ver realizado pero que parece un reto ineludible en los inicios del siglo XXI.

La otra gran pasión de la poeta fue buscar el progreso en la situación de la mujer que vivía en esos años una condición subalterna. Su propia experiencia es una muestra: recibió la más alta distinción concedida a un escritor sin tener en su país los derechos esenciales de una ciudadana, puesto que el derecho a sufragio fue concedido a las mujeres sólo en 1949. Pese a ello, en su discurso de recepción se dirigió al rey de Suecia identificándose como “una hija de la democracia chilena”. La más nítida muestra del escaso aprecio que los dirigentes de Chile tenían por el aporte ya notable que hacían nuestras mujeres se refleja en el hecho de que a

Gabriela Mistral se le otorgara el Premio Nacional de Literatura seis años después de recibir el Nobel.

En 1932 fue la primera mujer que ejerció un cargo diplomático. Ya entre 1922 y 1924 había preparado el admirable libro “Lecturas para mujeres”, del que, editado en 20.000 ejemplares, se pueden encontrar todavía copias en las fascinantes librerías de viejo de la calle Donceles, en la Ciudad de México. Allí incitaba a sus compañeras a conquistar espacios más amplios en sus países.

Estas tareas –que formaron parte de los sueños de Gabriela Mistral– ocupan hoy día un lugar principal en la agenda de los países latinoamericanos.

Hay que recuperar sus reflexiones y propuestas, tan lúcidas, para concluir los desafíos pendientes en el tiempo que viene. © LA NACION

El autor es embajador de Chile en la Argentina.

Diálogo semanal con los lectores

Tres y solamente tres

ESCRIBE Esteban Gigena Basombrio: “Siempre creí que los puntos suspensivos, en castellano o en inglés, eran tres. Pero estuve leyendo sobre T. E. Lawrence, y él usaba más, muchos más. ¿Es correcto hacerlo así? ¿O era una excentricidad de este genial escritor? Y si era sólo una excentricidad, ¿podemos los simples mortales imitarlo, por haber sido un genio?”

En español, los puntos suspensivos, es decir, el signo ortográfico formado por 3 puntos en sucesión (...), se utiliza, según el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española* de la Real Academia Española, Espasa-Calpe, 1985, cuando conviene al escritor dejar la oración incompleta y el sentido suspenso (*Él sobornó con oro y con promesas... Pero ¿a qué repetir lo que a todos es notorio?*); si en una cláusula de completo sentido gramatical se necesita pararse un poco, expresando temor o duda, o para sorprender al lector con lo inesperado de la salida (*Le diré que ha muerto su padre?... No tengo valor para tanto*), y también cuando se copia algún texto o autoridad los cuales no hace al caso insertar íntegros, indicando así lo que se omite.

Esta columnista recuerda que durante su escuela primaria, más de una vez alguna maestra preconizó el uso de hasta cinco

puntos suspensivos; es decir, o tres o cinco. Por supuesto, estaba equivocada, porque en español se usan tres, y solamente tres, puntos suspensivos. En inglés, también son tres.

Con respecto a la segunda parte de la consulta, con el debido respeto por el autor de *Los siete pilares de la sabiduría*, es preferible quedarse con las simples, comunes y desangeladas reglas gramaticales. Sólo si se maneja la lengua como Joyce o Cortázar –o como T. E. Lawrence, quizá–, puede uno darse el lujo de escribir sin signos de puntuación, o multiplicarlos, lo cual no quiere decir que se escriba sin sentido ni cadencia.

Mala prensa

El tema de la nada y la doble negación motivó una carta del doctor Oscar Sbarra Mitre con atractivas consideraciones:

“La nota sobre la nada, a partir de la interesante carta del lector Agustín Marcos Pérez Bay, constituye un buen principio para reflexionar sobre la verdadera trascendencia de las palabras, habida cuenta de su «convencionalidad» como parte de un código cifrado en el complejo entramado de circunstancias históricas, pautas culturales y costumbres ancestrales.

Continúa Sbarra Mitre, después del introito: “Pero hay un conjunto de vocablos,



Por Graciela Melgarejo

De la Redacción de LA NACION

a los que pertenece la *nada*, que gozan de «mala prensa». Tal el caso del desorden, que es, según la ley de la termodinámica, y consecuente entropía mediante, la dinámica de todo lo creado, desde nuestras mortales existencias hasta la del propio universo. Todo lo que atraviesa el tiempo, permaneciendo en él durante determinados lapsos, es, inevitablemente, entrópico. Nace, crece, generalmente se multiplica y muere, mediante un proceso en que se desordena, consumiendo energía para mantener su vigencia. Precisamente, el tiempo se define, en nuestro *Diccionario* de la Real Academia Española (*DRAE*), por estas características

de lo que vive en él: ‘Duración de los seres sujetos a mutación’. El cambio refleja la presencia del tiempo, que Dios creó con el universo, al decir de San Agustín en su impeccedera obra *De Civitate Dei (La ciudad de Dios)*. Oponerse al progresivo *desorden*, tanto en lo físico como en lo social, es estar contra el cambio. Casi el mismo desprestigio tiene la *sombra*, a la que se le da un significado contrario a su esencia, pues, en verdad, no es sinónimo sino, en cierto sentido, antónimo de la oscuridad que significa la ausencia de la luz, en tanto que la sombra señala, sin duda alguna, que la luz existe. Sin luz no hay sombra.

“Por último, la *nada*, cuyo emblemático símbolo, cero (conocido por babilónicos, indios, árabes y aztecas antes que los europeos) y la numeración posicional que posibilitó pueden consagrarse como el mayor logro científico en toda la historia ecuménica. El desarrollo inmenso de las matemáticas que produjo, y, con ella, el extraordinario avance en la comprensión científica del mundo, conforma la más excelsa epopeya del cerebro humano en todos los tiempos. Quien lo dude que intente multiplicar, o configurar modelos informáticos, sobre la base de números romanos. Gloria pues a las palabras por su esencialidad y

no por su difusión. Sin ellas navegaríamos entre el *desorden* de la incomprensión y la *sombra* de la ignorancia, caminando, inexorablemente, hacia la *nada*.

Paliar, sí; *palear*, no

Cecilia del Campo Wilson, Daniel O. Brizzio y Alfredo André han sufrido un *shock* lingüístico, el 28 de noviembre, después de leer, en una nota donde se dice que “hay 1103 personas que viven en situación de calle”, que “para palear esta circunstancia, la ciudad ha instrumentado el programa Buenos Aires Presente (BAP)”. Como ellos dedujeron, la palabra que corresponde es *paliar*, en el sentido de ‘mitigar; suavizar; atenuar una pena, disgustos, etcétera’. A pesar de vivir en estas épocas de capitalismo salvaje y exclusión social, pocos creerían que el gobierno de la ciudad de Buenos Aires se propone *palear* a las personas «en situación de calle» (lamentable expresión), es decir, ‘trasladar una cosa de un sitio a otro con pala’, como muy bien define María Moliner en su *Diccionario de uso del español*. © LA NACION

Graciela Melgarejo recibe las opiniones, quejas, sugerencias y correcciones de los lectores por fax en el 4319-1969 y por correo electrónico en la dirección dialogos@lanacion.com.ar.